

El Hada Azul



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 64654. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Hada Azul

Fernando Olavarría Gabler

Había una vez un hada que vivía dentro de la concha de un caracol. El caracol era inmenso como una casa y en el exterior su cuerpo era tan áspero y con púas, como lisos y brillantes eran los pasillos interiores y habitaciones privadas de la dueña de casa.

Tres grandes púas como pilares, mantenían al caracol sobre una larga extensión plana cerca del mar. Esta superficie plana era un arenal pero no era amarillo ni negro ni blanco, sino estaba constituido por una fina arena de un bellissimo y raro color azul muy intenso. Por esta razón al hada la llamaban el hada azul aunque su piel era blanca y su cabellera rubia. Pero sus ojos eran azules como el aguamarina y muy hermosos porque miraban con esa gran bondad que uno percibe al contemplar el rostro de las mujeres santas o el de las hadas bondadosas.

Esta hada buena - el hada azul - no vagaba ociosa por los firmamentos estrellados, ni volaba en las primaveras como una

mariposa por los valles tapizados de flores multicolores. Ella fingía ser un ser humano e iba al colegio de la ciudad. Para ello se disfrazaba de profesora y como no podía llegar volando al colegio ni aparecerse súbitamente en la sala de clases delante de sus pequeñas alumnas porque podría asustarlas, había decidido llegar en un viejo auto -muy bonito pero muy antiguo -y en esta forma disimulaba su origen no humano.

Algunas veces el viejo auto, cansado de tanto caminar, se quedaba inmóvil debido a algún desperfecto en quizás qué rodamiento o pieza muy gastada; entonces esta circunstancia era una verdadera fiesta para las alumnas porque todas con gran alegría empujaban el automóvil con el hada arriba, hasta que empezaba a funcionar el motor. El auto y su dueña se perdían a la vuelta de una esquina.

Como el hada azul no podía llamarse de este modo, se cambió

de nombre por el de María Cristina y para todas las niñas del colegio este personaje era la miss María Cristina.

Una mañana el hada no tenía deseos de hacer clases y decidió contarles un cuento para entretener a sus pequeñas alumnas.

Comenzó así:

Había una vez un burrito gris que era huérfano y no tenía dueño que lo alimentara y cuidara. El pequeño burro vagaba por los potreros del pueblo comiendo pasto seco y algunos cardos que crecían al lado de los alambrados. Todas las mañanas veía pasar a los niños que iban a la escuela y él los acompañaba por la calle principal. Algunos de los chicuelos más vivarachos se montaban en el asno y así, riendo y chacoteando llegaban con el manso animal hasta la puerta de la escuela. El burro se quedaba pastando por ahí cerca hasta que los niños salían e iban a almorzar a sus hogares. Cuando llegaba el día domingo, la campana de la pequeña iglesia del pueblo llamaba a los

fieles a misa y todas las familias salían de sus casas con sus mejores vestidos. Llegaban los papás, las mamás, los niños y los abuelos. También cuatro bisabuelas y una tatarabuela que tenía ciento dos años, la única del pueblo. Estaba muy viejita, encorvada, sorda y casi ciega, pero se levantaba con dificultad, caminaba lentamente con su bastón hacia la iglesia y recibía el cariño y respeto de todos.

Nuestro burro, el del cuento, no se quedaba atrás ese día y al oír la campana se levantaba también del lugar donde estaba echado y caminaba hacia la iglesia. Qué felicidad para él y los niños al verse nuevamente también esa mañana.

Entraban los niños al recinto del coro y cantaban. Era un coro formado por todos los chicos del pueblo y su calidad era realmente muy buena.

El ambiente de la iglesia se llenaba de armoniosas voces que cantaban durante las partes más importantes de la misa.

Un domingo en primavera, cuando la mañana estaba radiante de sol y alegría, los niños cantaron tan bien, como nunca lo habían hecho antes y como hacía calor y el aire estaba un poco viciado, se decidió abrir las ventanas. El borrico que andaba por ahí se le ocurrió asomar la cabeza al interior para observar a sus amiguitos en el coro.

Cantaban en ese momento al Aleluya de Haendel y el profesor de música que dirigía el coro estaba rebosante de orgullo y felicidad.

Las madres escuchaban embelesadas a sus pequeñuelos y enjugando maternales lágrimas reprimían algunos sollozos. Los padres, muy serios, sacaban coloreados pañuelos y se sonaban algo avergonzados fingiendo un imaginario romadizo.

Las abuelas y bisabuelas sonreían alegres y comentaban en voz no muy baja algo relacionado con sus nietos o bisnietas.

¿Y la tatarabuela? no decía nada ni veía nada porque estaba muy sorda y casi ciega. Era imposible que se diera cuenta de lo que

ocurría esa mañana en misa.

El coro llegó a las notas finales y cuando el profesor de música extendía sus brazos para dar término a los últimos acordes ¡Dios mío! ¡Se oyó un gran rebuzno!

Fue tal la sorpresa que hubo en la feligresía que ésta entera quedó en silencio. ¡Un silencio absoluto!

Terminó de rebuznar el burro y vino la risotada general de los niños y la indignación de los mayores. Mientras el señor cura llamaba a la calma, algunas muchachas reían a gritos y el coro lanzaba a los aires largas carcajadas. Los hombres salieron airados a corretear al burro, pero el animalito muy asustado se mantuvo quieto en los jardines de la iglesia.

Esto aprovecharon algunos para darle puñetazos en las costillas y en el cuello y lanzarle algunas piedras que hicieron impacto en el lomo y en la cabeza.



Como el animal no se movía a pesar de recibir castigo, un mocetón -entusiasmado por la irascible concurrencia -trajo una tranca de hierro para golpearlo en la cabeza y rematarlo de una vez por todas, pero en esos instantes pasaba por la calle una joven mujer que llevaba a su pequeño hijo en brazos. Iba con largos vestidos y cubría su cabeza con un pañuelo; se dirigió hacia ellos y les instó a que no castigaran más al pobre animalejo. Todo el mundo quedó silencioso y bajaron los brazos amenazadores.

-Uno de esto animales -dijo la hermosa mujer -me transportó en sus ancas cuando estaba en peligro la vida de mi pequeño hijo. No le hagan daño; él, al rebuznar, ha querido demostrar su alegría a los niños en el coro.

La misa había terminado y la tatarabuela dijo: ¡Váyanse a sus casas! Y todos obedecieron y se fueron muy contentos a almorzar.

La mujer continuó su camino y su imagen dejó de verse a la

vuelta de una esquina.

El burrito se quedó solo, muy triste y adolorido. Le costaba agachar la cabeza para coger el pasto y cada paso que daba le provocaba un gran dolor en las costillas y en el lomo. Se alejó lentamente del pueblo y se fue a dormir a la intemperie. Estuvo escondido hasta el anochecer en un campo cubierto de cardos que había por allí. Se echó entre los cardos y se quedó meditando como meditan los burros. Se preguntaba qué cosa había hecho él para que lo hubieran maltratado de esa manera. Como no encontró solución pronto olvidó su pena y decidió contemplar las estrellas y alimentarse de las flores secas de los cardos que estaban a su alrededor. En esto estaba cuando un blanco resplandor iluminó el lugar y se oyó una voz que le decía: "Querido borrico, por tu mansedumbre y la amistad hacia los niños del pueblo, te premiaré confiriéndote una extraña cualidad que no corresponde a tu especie. Irás el próximo domingo a

la iglesia y harás lo mismo que has hecho hoy".

El burrito no entendió este mandato pero al domingo siguiente -sin saber por qué -encaminó sus pasos a la iglesia. Esta vez el coro de niños estaba cantando el Ave María de Schubert. De improviso se sumó a la voz de los niños una hermosa voz de tenor. Era tan armoniosa, tan exquisitamente bella y conmovedora, que el coro calló en forma espontánea. Todos oían esta voz que parecía venir de un ángel del cielo y la escuchaban ensimismados con gran admiración y recogimiento.

El señor cura hacía lo imposible para no distraerse mientras daba la comunión a los fieles. Las mujeres sollozaban; a los hombres le corrían lágrimas por las mejillas y las abuelas y bisabuelas permanecían en silencio oyendo esta voz divina, y la tatarabuela no escuchaba ni se daba cuenta de nada. ¡Era un monumento nacional!

Cuando estaba por terminar esta bellísima área, algunos

curiosos miraron hacia atrás para ver al dueño de la voz maravillosa y ¡cuál no sería su asombro al constatar que el que estaba cantando era el burrito!

¡Milagro! ¡Milagro! Gritaron todos. ¡Es el burro! ¡El burrito amigo de los niños!

La misa había terminado y hombres, mujeres y niños salieron y rodearon al burro con gran alboroto.

Se decidió de inmediato hacer una procesión y como por casualidad pasaba en esos momentos la mujer del pañuelo en la cabeza con su niño en brazos y esta vez acompañada de un anciano de blanca barba, le preguntaron si deseaban acompañarlos en la procesión. Se montó la señora en el borrico con su niño y el anciano guió al asno mientras el cura los seguía con un alto crucifijo de bronce. Más allá iban los monaguillos con lámparas de incienso. El pueblo entero seguía alborozado a la familia y se rezaba fervorosamente en



FOO

alta voz con gran entusiasmo. Las abuelas y bisabuelas iban al final y la tatarabuela que estaba muy cansada se fue a su casa y se metió a la cama.

La procesión terminó y el anciano, la mujer y el niño se despidieron y se fueron con el burro.

Y aquí termina la historia del burrito que cantó un día domingo con una linda voz humana. Pasó el tiempo y la tatarabuela se murió. Las abuelas fueron bisabuelas, las madres, abuelas y los niños y niñas papás y mamás.

A la bondadosa y hermosa mujer con su niño en brazos nunca más la volvieron a ver. ¿Y el burrito? Apareció al día siguiente y se le trató con mucho cariño y consideración, pero no cantó más como lo había hecho esa mañana del domingo. Y si queréis saber quién era la Señora que le había salvado la vida al pequeño asno, debemos recordar las palabras que dijo la tatarabuela días antes de morir de

vejez: Ustedes no lo sabían - le dijo a sus familiares -Ella era la Virgen María con el niño Dios y los acompañaba San José su santo esposo. Yo me di cuenta de que eran ellos. Nosotros los viejos nos damos cuenta de muchas cosas que los jóvenes no alcanzan a percibir. Ellos creen que estamos sordos y no vemos bien. Eso es verdad, pero la experiencia que nos han dado los años nos hacen ver más allá de lo que ven los ojos y oír más lejos de lo que escuchan los oídos.

Después de decir estas palabras se quedó dormida para siempre y al otro día la fueron a enterrar.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina